



LA VENGANZA DE LOS DOCE HIJOS DE KRONOS

(ANTIGUO CUENTO ATENIENSE)

Voy á contaros una historia fabulosa que en Atenas se refería, para demostrar lo que de sí puede dar de bienes ó de males todo lo que en el mundo existe, según se tome, y según se trate de conformidad con la naturaleza.

Dícese que por allá en los tiempos homéricos, en los alrededores de una población cercana á la Tesalia, vivía una pobre vieja muy buena y muy piadosa, compasiva hasta para con los animales, la cual sin medios para no sufrir los rigores del frío, y no pudiendo comprar ni resinas, ni leña, para alumbrar su hogar miserable, cada otoño, cuando la caída de las hojas, salía durante unos días á cortarse, ella misma, unas cuantas ramas de los árboles, para poder así tener un depósito de astillas que le permitiera calentarse en invierno y guisar su pobre comida durante todo el año.

Un día, que había salido con el mismo propósito, divagando por los campos, al caer la tarde, penetró en un terreno casi virgen, tan lleno de árboles, que entre éstos y los zarzales que obstruían el paso, casi era imposible el avanzar por aquel sitio hasta un monte que se divisaba allá á lo lejos. La buena vieja servíase de una pequeña hacha, é iba cortando ramas á su placer, cuando, de repente nublóse el cielo y cayó un tremendo aguacero. La pobre, al ver brillar un rayo y rugir el trueno consiguiente, pensó que tal vez aquel terreno era lugar sagrado y que, involuntariamente, habría cometido un sacrilegio. Con el corazón contrito elevó sus preces á Zeus, padre de los dioses inmortales, para que no la castigara, ya que ella desconocía el terreno que pisaba.

Apenas había invocado al Dios olímpico, que divisó, no lejos, un edificio análogo á un templo. Presurosa, la buena mujer, se dirigió á él, subió las gradas y se guareció en el pórtico, formado por columnas dóricas y un techo recubierto de tejas de bronce. En dicho pórtico y delante de la puerta principal, que conducía al interior del edificio, se levantaba, sobre un pedestal de Jaspé, la imponente estatua de Zeus. La vieja, quedóse extática ante la hermosura de la estatua, y le dirigió otra plegaria para que la tempestad cesara en breve. En esto vió abrirse, solas, las puertas de bronce que conducían al interior del edificio. No cabía duda. El Dios la había oído y le ofrecía asilo.

La buena mujer entró, no sin un cierto temor, y al pasar el portal vió una gran sala decorada con figuras para ella incomprensibles, en la cual estaban sentadas en sillas de oro rodeando un pedestal con la estatua de Kronos, doce personajes, aunque de edades diferentes, bellos como dioses, y ataviados espléndidamente. El uno estaba embozado en grueso

manto, todo cubierto de copos de nieve; otro estaba cubierto de frutos, otro coronado de flores, llevaba una túnica, en la que había bordados pájaros, mariposas y mil otros hermosos animales, otro iba casi todo desnudo, con una hoz de oro, y una corona de mieses, en fin, cada cual llevaba su traje distinto con diversos atributos de la Naturaleza.

La buena vieja, al verse en presencia de tan sorprendente asamblea, quedóse parada como fija en el suelo y como presa de un estupor sagrado. Por fin, observó que la miraban y sonreían; entonces creyó que tal vez serían una alegre compañía de viandantes que se habían reunido allí para celebrar los misterios de algún Dios.

—¡Buenas tardes! —dijoles ella, saludándoles afectuosamente.

—¡Buenas, comadre! —respondieronle ellos. —¿Cómo os habéis atrevido á venir aquí con tan mal tiempo?

—¿Qué queréis, hijos míos, soy una pobre mujer que no tiene con qué encender fuego, y había salido de mi albergue para ver si encontraba cuatro astillas para el invierno, que ya se nos viene encima; pues mi pobre casa está tan desvencijada que en ella penetra el viento, la lluvia y el frío, sin pedir permiso.

Entonces uno de los más jóvenes, el más joven de todos, el que llevaba el manto cubierto de nieve, preguntóle:

—Decidnos, buena mujer, —¿cuál es para vos, el peor de todos los meses?

—¡Ay, hijos míos! todos son buenos, para el que sabe aprovecharlos; y todos son malos para el que no sabe ó no quiere entenderlos. Cada uno tiene muy buenas cosas, y también muchos inconvenientes. Pero para mí, que vivo desde mi niñez trabajando en plena Naturaleza, y que los dioses me han permitido alcanzar los ochenta años, todos los meses son buenos, á todos los bendigo.

—Pero esto no es posible. ¿Os atreveríais á sostener que Enero vale, lo que vale Mayo? —repúsole el personaje coronado de flores.

—Hijo mío, si Enero no tuviese sus frios y sus nieves, Mayo no tendría sus hojas y sus flores. ¿Qué queréis? para mí todos los meses son buenos; ¡á todos los bendigo!

Entonces dijo: el joven:

—¿No lleváis un saco?

—Sí, respondió ella entregándole el suyo, —aquí traigo éste, en el cual meto las ramas que voy cortando y de las cuales hago leña.

Tomósele el personaje que iba coronado de frutas y marchóse á otra estancia donde lo llenó completamente; luego se lo dió á la buena vieja con orden de no mirar lo que había dentro, hasta que llegara á su casa.

El saco pesaba, pero como la lluvia había ya pasado, pronto llegó la buena mujer á su albergue. Inmediatamente que hubo descargado el saco en el suelo de la cocina, cerró la puerta, lo desató, no sin cierto temor, y... ¡oh, sorpresa! ¡estaba lleno de monedas de oro y de plata! La buena mujer, para ver si eran buenas ó falsas cogió unas cuantas, se fué al pueblo inmediatamente é hizo provisión de lo más indispensable. En ninguna tienda hallaron reparo alguno en la moneda. Todas eran de ley.

Al siguiente día, una hermana suya, muy avara, que la tenía abandonada, llegóse á su casa. Había corrido la voz por el pueblo, que la buena vieja había comprado muchas cosas, pagándolas en buena moneda. Todos creyeron que le habría tocado algún legado ó herencia.

Al entrar en la casa, observó, ya, su hermana, que estaba llena de provisiones y que en el asador había una gallina.

—Mi querida hermana, —le dijo la recién llegada después de saludarla, —¿quieres explicarme de dónde proviene todo este dinero que tú gastas? ¿Cómo lo has podido ganar á la edad que tienes?

La buena mujer la hizo sentar á la mesa con ella, y mientras comían confortablemente, le contó lo que le había pasado.

Por la tarde, su hermana se despidió de ella, fuese á su casa, cogió el saco mayor que encontró, y al siguiente día levantóse al amanecer y dirigió sus pasos al bosque virgen, haciendo ver que iba á coger yerbas, y una vez en él, dirigióse al edificio misterioso que también se presentó á su vista, y entró, hallando allí, asimismo, congregados, á los doce personajes, como halló su hermana la antevigilia.

Después del saludo de entrada, preguntóle uno de ellos:

—¿A qué se debe vuestra venida á nuestra mansión tan retirada, en horas tan tempranas?

—He venido á descansar un poco, pues estaba en el bosque ya fatigada de andar en pos de leña, y que hay que recogerla, y mucha, pues va á llegar el mes de Enero, ese mes tan cruel y tan malo. ¡Ay, si á Kronos pluguiera que jamás llegara! En cuanto llega él, ya se acabó el salir de casa, y la alegría. ¡Maldito sea!



—Pues entonces, decid: ¿Qué mes os gusta?

—¡Ay! ninguno, —respondió ella. —Yo los encuentro á todos malos é incompletos. ¿A cuál queréis que prefiera? Febrero, es corto y frío; Marzo, es caprichoso y lleno de borrascas; Septiembre y Octubre, son lluviosos y malsanos, y los demás... los demás son, ó fuego del cielo que cae y nos abrasa ó nieve que nos hiela. Ni uno solo hay, que valga nada.

—¿Tenéis un saco? —le dijo uno que iba todo cubierto de hojas.

—Aquí va el mío, —respondió ella, presentándoselo al personaje, que lo tomó y se fué en seguida.

Ella esperaba llena de gozo. —Es cuatro veces mayor que el de mi hermana, —se decía, —y como yo soy menos vieja que ella lo llevaré á cuestras hasta mi casa, y voy á llenarla de dinero.

Volvió el joven con el saco lleno y lo cargó sobre las espaldas de aquella mujer, encargándole en gran manera que no lo desatara hasta estar sola en su casa.

Con tanto afán se marchó, que tan enorme saco le pareció ligero como una pluma.

Llegada que fué á su habitación, encerróse sola dentro de ella y, presurosa, abrió el saco. ¡Nunca lo hubiera hechol En tropel salieron una infinidad de culebras, víboras, escorpiones, y toda clase de insectos venenosos y reptiles que se la comieron viva y devastaron su casa y su huerto.

Horrorizadas las buenas gentes del pueblo, fuéronse en procesión, á consultar el oráculo de Delfos, y éste respondió que aquélla era la venganza de los doce Meses del año que Kronos permite contra aquellos que no saben ver sus cualidades necesarias, como lo acaeció á su buena hermana había sido el premio de los que saben tratarlos tal cual se merecen, y comprender sus divinas utilidades...

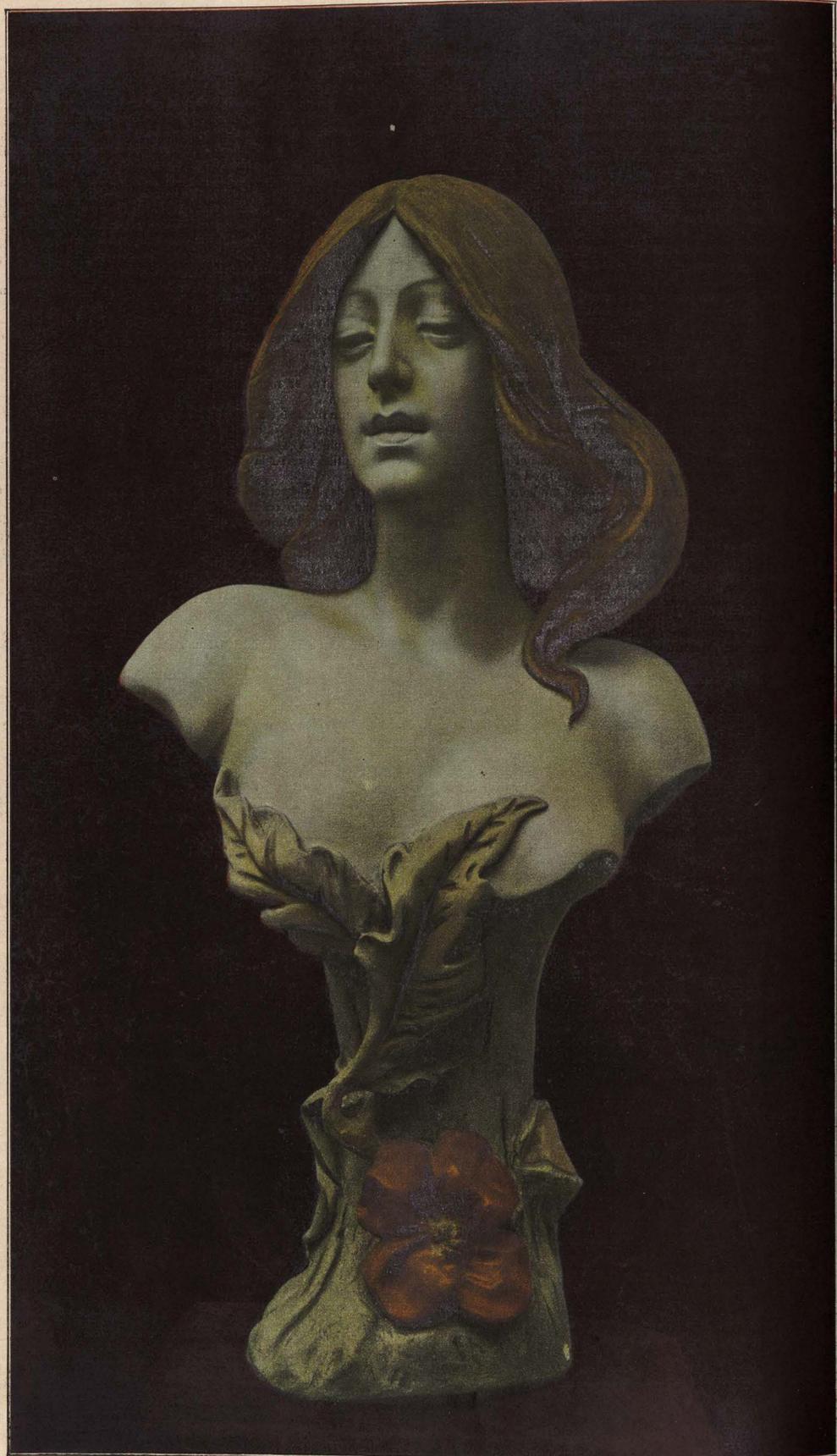
Así se contaba en los pórticos de Atenas en los tiempos en que Eskilo ponía sus dramas en escena.

POMPEYO GENER

Ilustraciones de NICANOR VÁZQUEZ.



Cuadro de ALEJANDRO FERRANT.



MODERNISTA

BUSTO EN SELENITA ENGEDADA, PROCEDENTE DE LOS TALLERES ARTÍSTICOS DE ANTONIO FOCORULL.

ESTRENO DE LA ÓPERA "ACTÉ" EN BARCELONA

Con el estreno de la ópera *Acté* se ha calmado la ansiedad del público, no del público musical barcelonés, que por tradición es considerado como juez supremo; el público que ha aplaudido al joven maestro Manén ha sido todo, sin excepción, todo el que rinde culto al arte verdadero y que sabe los titánicos esfuerzos que precisan para realizarlo.

El maestro Manén, ya conocido de los públicos como concertista y compositor á los 20 años, á la edad en que otros maduran todavía sus estudios, ha hecho una obra de empeño verdadero, con la dificultad para su fantasía de tenerla que sujetar al pie forzado de las decoraciones y *attrezzo* que sirvieron para poner el

varon á la labor de Manén. María Giudice ha puesto una vez más de relieve sus no comunes facultades, aprendiendo en catalán su *particella* y cantándola como ella sola sabe hacerlo, con intensidad dramática, encarnando magistralmente á *Acté* y llevando al público la emoción grandiosa que sin su privilegiada voz y excepcional talento no hubiera ésta alcanzado.

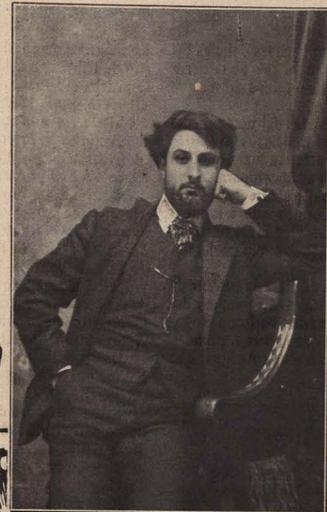
La mezzo-soprano Concha Dahlander en su parte de «Agripina» contribuyó al éxito de la ópera, poniendo á contribución sus dotes de artista y de cantante.

El tenor Angioletti venció en toda la línea, como se había propuesto; venció por él y por el maestro, que vió encarnada, como no imagi-



Nerón de Rubinstein. A pesar de todo, Manén ha triunfado. Así lo atestigua la prensa toda, tributándole unánime elogio. No ha sido un éxito definitivo, ha sido un triunfo que hace esperar legítimamente en la poderosa imaginación y talento musical del joven compositor. Los críticos señalan en la labor de Manén en *Acté* el defecto de la singularización y de buscar efectos por medio de disonancias para lograr la completa originalidad con inesperadas audacias. Indican también que al arrancar de la musa popular los motivos para los espartitos desvirtúa la acción dramática de su obra. Ambos defectos, si lo son, no indican más que una cosa: que Manén es de la madera de los músicos; que es un revolucionario, y en arte siempre han logrado la palma del triunfo, y han escalado la gloria los audaces, jamás los encogidos, y valga la palabra. No quiere decir esto que no reconozcamos inexperiencia en Manén. La tiene, en efecto, pero simpática, podríamos decir candorosa y que no dudamos cederá plaza al sólido talento musical.

Réstanos hablar de los que con su talento coadyu-



nara, seguramente, la parte de «Nerón».

De Ramón Blanchart es ocioso decir que estuvo magistral, interpretando el personaje «Tiguelino».

El aplaudido bajo Torres de Luna, que, por ser andaluz, más que ninguno de sus compañeros ha tenido que vencer las dificultades del catalán, desempeñó la parte de Marcos con unánime elogio.

El señor Maini, tenor comprimario, que cantó la parte de «Sarthos», no desmereció de sus compañeros, esforzándose con éxito para dar realce á la ópera.

La orquesta, hizo sentir las bellezas que encierra *Acté*, realizando, bajo la batuta del maestro, trabajo meritísimo y para que todo el conjunto resultara soberbio, los coros cantaron de modo admirable, mereciendo sincero aplauso, lo propio que el cuerpo de baile. Del decorado, con decirse que es obra del maestro Soler y Roviroso, está hecho su mayor elogio.

Para terminar, réstanos dedicar el más entusiasta aplauso á la empresa, que no ha regateado gasto alguno y ha hecho cuantos esfuerzos han sido precisos para contribuir al éxito de la nueva producción.

SIMÓ



CONCHITA DAHLANDER.

ANGELO ANGIOLETTI.

MTRO. JUAN MANÉN, AUTOR DE LA ÓPERA.

TORRES DE LUNA.

RAMÓN-BLANCHART.

MARÍA GIUDICE.